

~~Memoria~~
~~y vigencia~~
~~de un~~
~~compromiso~~



UNIVERSIT
CONTRA

PARIS

LA DICTADURA

~~Memoria~~
~~y vigencia~~
~~de un~~
~~compromiso~~

VNIVERSITAT Đ VALÈNCIA

**MEMORIA Y VIGENCIA
DE UN COMPROMISO:
UNIVERSITARIOS
CONTRA LA DICTADURA**

Sala Acadèmia y Estudi General
Del 13 de marzo al 1 de septiembre
de 2013

**Rector de la Universitat
de València**

Esteban Morcillo Sánchez

**Vicerrector de Cultura
e Igualdad**

Antonio Ariño Villarroya

**Vicepresidenta ejecutiva
de la FGUV**

Silvia Barona Vilar

Proyecto

Universitat de València

Organiza

Vicerrectorado de Cultura
e Igualdad

Produce

Fundación General de la
Universitat de València

Colaboran

Asociación Memorial
Democrático 23 de Abril.
Unidad de Igualdad
Universitat de València.
Instituto de Estudios de la Mujer
Universitat de València.
Delegación de Estudiantes
Universitat de València.

EXPOSICIÓN

Comisariado

M.ª José Millán Trujillo (coord.)
Susi Artal Castells
Mila Belinchón Belinchón
Elisa Sanchis Pérez

Coordinación general

Norberto Piqueras Sánchez

Gestión técnica

Manuel Martínez Tórtola
Soledad Sánchez Puértolas

Asistencia a la coordinación

Raquel Moret Alfonso

Comunicación y difusión

Magdalena Ruiz Brox
Antonio Esteve Blay

Diseño de la exposición

Pepe Gimeno - Proyecto Gráfico

Recursos audiovisuales

Gran Angular Industries
Audiovisuals, SL
Vitelsa

Selección musical

Luis Puig
Manuel Granell

Visitas guiadas

Pilar Pérez Pacheco
Voluntarios Culturales de la
Universitat de València

Taller didáctico

quéArte! Educación Patrimonial

Mantenimiento

Francisco Burguera
Álvaro David
Pedro Herraiz

Asistencia en sala

Med AGC Servicios, SL

Prestadores

Archivo Benito Sanz Díaz
Archivo César Sebastián
Archivo Concha Santos Rubio
Archivo Elisa Sanchis Pérez
Archivo familia del rector Peset
Archivo Fundación de Estudios e
Iniciativas Socio Laborales CCOO PV
Archivo Histórico de la Universitat
de València
Archivo Histórico del Partido
Comunista de España
Archivo Luis de Felipe Datas
Archivo Manuel García
Archivo Rosa Simón Ruvira
Archivo Vicente Lluch
Ayuntamiento de Elche. Biblioteca
Pública Municipal Pedro Ibarra
Biblioteca de Mujeres
Biblioteca Histórica de la
Universitat de València
Colección Jorge Ballester
Colección Juan Genovés
Colección Luis Puig
Colección Rafael Canogar
Instituto Valenciano de Arte
Moderno. IVAM
Museo de la Ciudad.
Ayuntamiento de Valencia
Museo Nacional Centro de Arte
Reina Sofía. MNCARS
Patronato Martínez Guerricabeitia.
Fundación General de la
Universitat de València

Fotógrafos

Michael Gutman
Volhart Müller
Juan Santiso
Manel Armengol
Paco Elvira
José Vicente Penalba
Luis Vidal
Adrián
Guillem Martínez
García Poveda
Alfredo Sánchez Garzón
Jaume d'Urgell

**Fotoperiodistas Primavera
Valenciana**

Germán Caballero
Juan Carlos Cardanes
Tania Castro
Kai Försterling
Pablo Garrigós
Heino Kalis
Miquel Lorenzo
Jacobo Mendéz
Eduardo Ripoll
Marc Sardón

**Selección imágenes Primavera
Valenciana**

Tania Castro

Imágenes

Agencia EFE
Archivo AICQUIP
Archivo Artur Heras
Archivo Benito Sanz Díaz
Archivo Carmen de la Torre
Archivo Cartelera Turia
Archivo de la Universidad
Complutense
Archivo Emilia Ferrando
Archivo Francisco Camarasa Yáñez
Archivo Fundación de Estudios
e Iniciativas Socio Laborales
CCOOPV
Archivo Gabriel Tortella
Archivo General de la
Administración. AGA
Archivo Histórico Municipal.
Ayuntamiento de Valencia
Archivo José Blai Ballester
Archivo José Galán
Archivo José Luis Monzón Campos
Archivo José Luis Santos
Archivo José Puertas Domingo
Archivo José Sanz Díaz
Archivo José Vicente Penalba
Archivo Juan José López Hernando
/ Susi Artal
Archivo Juan Vergara
Archivo Julio Marín
Archivo Manuel García
Archivo Manuel Tello Alapont
Archivo Marisa Ros / Ferran Montesa
Archivo Nacional de Cataluña
Archivo Pedro Camarasa
Archivo Pedro Carrascosa Sánchez
Archivo Pedro Zamora
Archivo Pepe Beunza
Archivo Pepe Tous
Archivo Rosa Pastor Carballo
Archivo Rosa Solbes
Archivo Salvador Franco Solano
Archivo Toni Paricio
Archivo Vicent Torres
Archivo Vicente Álvarez
Archivo Vicente Garcés
Archivo Vicente Lluch
Archivo Vicente Vergara
Biblioteca Central. Ayuntamiento
de Valencia
Biblioteca Valenciana
Colección Luis Puig Espinosa
Hemeroteca Municipal.
Ayuntamiento de Valencia
Musée de la Préfecture de police,
Paris
Museo Internacional del
Estudiante, Salamanca

Grabaciones sonoras

Fonoteca. Biblioteca de la
Universitat d'Alacant
Archivo Histórico del Partido
Comunista de España

Agradecimientos

A. Llorens Sanchis
Agustina Guillén Cuesta
Alberto Gómez Roda
Alfonso Martín Knecht
Alfonso Martín Sanpedro
Alicia Martínez Alonso
Amelia Valcarcel
Ana Montesinos Marín
Antonio Jiménez Castillo
Asunción Marco García
Blanca Llopis Carles
Blanca Munárriz Gandía
Carlos Valdemoro Garrido
Carmen Blanes Rodríguez
Carmen de la Torre Vecino
Carmen Gutiérrez
César Sebastián Marzo
Concha Gisbert Jordá
Conxi Petit Cibirriain
Cristina Verdugo Martí
Elena Salgado
Elena Sotelo Martín
Elias Alonso Dávila
Emilia Ferrando Corell
Emilio de Felipe Datas
Evelia Vega
Federico Mayor Zaragoza
Feliciano Albadalejo Olmos
Fernanda Medina
Francina Espuny Espuny
Germán Caballero
Germán Segura
Guillem Martínez
Irene Manclús Cuñat
Isabel Barceló
Isabel Guardiola Sellés
Isidro Guardiola Abella
Jaime Escutia Guerrero
Joan Ramón Escrivà Monzó
Joaquina Campos Alemán
José Álvarez Cobelas
José Antonio Penalba
José Blas Ballester Gorrita
José Gálvez Miguel
José García Poveda
Juan José López Hernando
Juan Santiso
Judith García Hernández
Julia Sanmartín Sáez
Lluís Navarro Vaquero
Lluís Ribera Herráez
M.ª Antonia Riaño
M.ª Carmen Berzosa
M.ª Eugenia Armengod González
M.ª José López Hernando
Manel Armengol
Manuel Ángel Tello Alapont
Margarita Elisa Sánchez García
Matías Alonso Blasco
Matilde Rodríguez-Castellano
Palacios
Merche Guillén Nacher
Michèle Dalmace
Montse Vela Canut
Óscar Martín
Paco Elvira
Paula Delgado
Roberto Martínez del Río
Rosa Bueno Bertomeu
Rosa Olmedo
Rosa Pastor
Rosa Serrano Llàcer
Rosa Simón Ruvira
Stella Manaut
Toni Cassola Cortadellas
Vicente Pérez Ventura
Victor Fuentes Prósper
Victoria García Esteve
Victoria Rius Pérez

CATÁLOGO

Edita

Vicerrectorado de Cultura e Igualdad. Universitat de València

Coordinación de la edición

Norberto Piqueras Sánchez
M.ª José Millán Trujillo

Diseño y maquetación

Pepe Gimeno - Proyecto Gráfico

Textos

Alberto Carrillo Linares
Amador Fernández Savater
Amparo Tusón Vallés
Benito Sanz Díaz
Carles Feixà Pàmpols
Celia Amorós Puente
Dolores Sánchez Durá
Eduardo González Calleja
Elena Hernández Sandoica
Elisa Sanchis Pérez
Enrique Herreras Maldonado
Ismael Saz Campos
Jordi Font Agulló
Juan José López Hernando
Lluís Puig Espinosa
M.ª José Millán Trujillo
Manuel García García
Manuel Granell
Marc Baldó LaComba
Mila Belinchón Belinchón
Pepe Beunza
Sergio Rodríguez Tejada
Vicente Vergara del Toro

Traducción y corrección

Josep Aranda
Servei de Política Lingüística

Fotografía y digitalización

Agencia EFE
Eduardo Alapont Fernández
José Vicente Rodríguez
Moisés Montañés Bori
Paco Mora

Impresión

LA IMPRENTA CG

Foto de la portada:

Volkhart Müller. EFE.

© de esta edición:

Universitat de València

© de los textos y las traducciones:
los autores

© de las fotografías:

los prestadores y los autores

Los responsables de este proyecto han realizado un especial esfuerzo en recabar la autoría y procedencia de todas las imágenes aquí presentadas. Lamentamos las posibles omisiones que puedan detectarse.

ISBN: 978-84-370-9090-0
Depósito legal: V-647-2013
2ª Reimpresión

AUDIOVISUALES

La caída (2013)

Organiza y promueve:
Vicerrectorado de Cultura e Igualdad de la Universitat de València
Guión y dirección: Joan Dolç
Produce: Gran Angular Industries Audiovisuales, SL
Duración: 23' 42"

10 mujeres contra el olvido (2013)

Organiza y promueve:
Vicerrectorado de Cultura e Igualdad, Unidad de Igualdad, Institut Universitari d'Estudis de la Dona, Delegació d'Estudiants de la Universitat de València
Guión y dirección: Joan Dolç
Produce: Gran Angular Industries Audiovisuales, SL
Duración: 29' 31"

Arquitectura para el caballo (2002)

Autor: Fernando Sánchez Castillo
Videoarte. Duración: 5' 30"
MNCARS

Canicas (2002)

Autor: Fernando Sánchez Castillo
Videoarte. Duración: 7' 05"
MNCARS

Paseo al mar (2012)

Dirección: Tubal Perales y Marina Climent
Ayudantes de cámara: Joan Maso y Tubal Perales
Sonido: Carre Moreno
Redacción y voz: Sol Vallés
B.S.O. Alvar Carpi
Grabación b.s. Andreu Laguarda
Estudios Mésdemil
Duración: 76'

Mourir à Madrid (1963)

Director: Frédéric Rossif
Guión: Frédéric Rossif, Madeleine Chapsal
Música: Maurice Jarre
Fotografía: Georges Barsky (B&N)
Productora: Ancinex
Duración: 85'
Fragmento en la muestra

Estudiar en primavera (2013)

Dirección: Amparo Fortuny
Montaje: Mikel Irribarren
Cámara: Carlos Beltrán
Grafismo: Ricardo Linares
Duración: 13' 22"

Memoria y vigencia de un compromiso

VNIVERSITAT ID VALÈNCIA

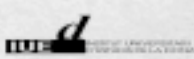
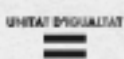
VNIVERSITAT
ID VALÈNCIA

Fundació General

CENTRE CULTURAL
LA NAU



Memorial
Democràtic
23 de Abril
ASSOCIACIÓ EN LA MEMÒRIA
HISTÒRICA D'ESPANYA



Delegat per a Estudis i
Servei d'Informació i Documentació 5010



Misa en el claustro del edificio histórico de la Universitat de València. c. 1940. Archivo Histórico Universitat de València.

Franco en la Universidad de Valencia. 1962. Archivo Histórico Universitat de València.



Efectos no previstos de la represión franquista en la universidad

Alberto Carrillo-Linares

Universidad de Sevilla

Por allá donde pisaron los frentes del Ejército Nacional, la universidad fue desmochada. Se consideraba que en sus aulas se habían fraguado parte de los errores del pasado por lo que había que ajustar el alma máter a los intereses e ideario del Movimiento Nacional: «La Universidad, inspirándose en el sentido católico, consubstancial a la tradición universitaria española, acomodará sus enseñanzas a las del dogma y la moral católica y a las normas del Derecho canónico vigente»; y «La Universidad española, en armonía con los ideales del Estado nacionalsindicalista, ajustará sus enseñanzas y sus tareas educativas a los puntos programáticos del Movimiento», rezaban los artículos 3 y 4 de la Ley de Ordenación Universitaria (1943). En aquellos momentos se trataba de un Estado con pretensiones totalitarias y fuertes dosis de conservadurismo moral y cultural.

En el universo estudiantil el Sindicato Español Universitario (SEU, 1937), organización falangista, se elevó a la categoría de sindicato único de afiliación obligatoria (1943) y contra él se articularon las primeras protestas continuadas. Vaciado del cometido y contenido originario, mermado su apoyo real, en apenas quince años fue ocupado por estudiantes no afines o refractarios al régimen, produciéndose su destrucción efectiva y legal en 1965. Ridículamente se intentó solucionar el problema dándole un giro profesional a las asociaciones estudiantiles y manteniendo una retórica de referencia (Comisaría General del SEU). Así nacieron las asociaciones profesionales de estudiantes (APE), que procuraban, desde la óptica tecnocrática dominante, crear y estimular intereses profesionales en los estudiantes que los alejaran de las preocupaciones políticas. Nada de esto se consiguió y un año más tarde se volvió a modificar la normativa de asociaciones estudiantiles. Por primera vez, la acción de un colectivo enojado conseguía la eliminación de una institución franquista. Y lo que era más importante: se consolidaba la desertión de una generación llamada a continuar el Nuevo Estado y que recibía frecuencias del exterior que le animaban a prorrogar sus reivindicaciones. Paradójicamente, el SEU fue nido de antifranquistas y la universidad fortaleza de opositores a la dictadura, pese a que se concibieron con fines muy diferentes.

Por otro lado, el desarrollo de los sectores urbanos, donde se ubicaban los centros universitarios, fue extendiendo y haciendo cada vez más cotidiano un clima de oposición vital a la dictadura. Las acciones estudiantiles en las calles de las cada vez más pobladas ciudades, con creciente tráfico rodado, tuvieron efectos que, entre otras cuestiones de relieve, obligaron a los medios de comunicación a dar cobertura a las protestas universitarias durante prácticamente todas las semanas del calendario académico. El efecto visual de la protesta y sus

consecuencias, percibido por la población civil, supuso una forma de deterioro del franquismo que no dejó incólume su estructura, por presión o descompresión. Se puede decir que el conflicto implicó un desgaste social de la dictadura, a la que se le sacaban defectos por doquier y se hacía cada vez con menos miedo. Ciertamente tampoco sería exacto decir que las fábricas y universidades fueron espacios totalmente perdidos para el franquismo —al menos si atendemos al número de activistas sobre la población total o a la represión que podía ejercer y ejerció sobre ellas—, pero no es menos cierto que en los años sesenta-setenta eran dos ámbitos en los que se había extendido y normalizado la actividad opositora respecto a los cincuenta. Algo visible, por ejemplo, a través de la creciente propaganda confeccionada esas décadas por el movimiento estudiantil u obrero. Ya pocos se extrañaban si un día caía en sus manos un panfleto reivindicativo, si escuchaba conversaciones sobre temas tabúes o contemplaba ciertos modos sociales rupturistas. En cualquier caso, la masificación asociada al desarrollismo fue un elemento favorable para la oposición.

Los intentos por parte de la dictadura de encuadrar a una parte importante de la juventud naufragaron. El concepto de politización, propio de un estado totalitario, pasaba por la desmovilización, la anulación del libre criterio y el asentimiento ciego de las consignas emanadas de unas jerarquías y autoridades oficiales que destilaban a rancio para jóvenes inquietos. De nada servía la ley para arreglar aquello, ni que fuera el artículo 21 de la Orgánica del Estado (1966) donde se señalaba, entre los fines del Consejo Nacional, el de «contribuir a la formación de la juventud española, en la fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional, incorporando a las nuevas generaciones a la tarea colectiva». Un fracaso educativo que produjo un corrosivo efecto que minó e hizo inviable la continuidad de la dictadura.

Ni la politización dirigida ni la inducida desmovilización pudieron tener efectos duraderos. La generación que nació tras la guerra se movía en la universidad en otros códigos sociológicos y vitales que miraban hacia lo que ocurría en esos momentos fuera del país, mientras que la de sus mayores se encontraba anclada en valores nacionales decimonónicos. En ocasiones se tradujo en un choque cultural y generacional de alta intensidad, con caracteres identificables en fenómenos similares registrados en otras partes del mundo pero con el añadido doméstico antifranquista. Un sector de la juventud, con presencia en las aulas universitarias, base del progreso cultural y político, se encontraba inquieto y dinamizado desde los años sesenta como lo había estado en los treinta. Si entonces el avance histórico general que suponía la Segunda República se vio cercenado por la Guerra

Civil y el periodo posterior, tras la muerte de Franco, pese a la incertidumbre reinante, no hubo ningún freno decisivo, de ahí la explosión que supuso, percibiéndose en diversos ámbitos a través de la prensa y los *mass media*, la enseñanza, el cine y las artes plásticas, la moda, las relaciones sexuales, la música, etc. Aunque fuera numéricamente reducido, aquel segmento social tuvo un papel cardinal en la transición política a la democracia. Son los tiempos y la gente protagonista de la famosa *Movida*. Incluso un antifranquista conocido, como era Tierno Galván, expulsado de la universidad en 1965, dejó para la posteridad, con poca convicción interpretativa, aquello de «Roqueros, el que no esté coloco que se coloque, y al loro».

Mientras que los años cuarenta fueron de lógica tranquilidad en los distritos universitarios, ya no se puede decir lo mismo de mediados de los cincuenta y años posteriores. A partir de entonces el conflicto se hizo cada vez más notorio hasta transformarse en permanente desde finales de los sesenta. Comenzó por peticiones académicas —las más fácilmente inflamables— que de manera natural se enlazaron, cuando el movimiento estudiantil se ensanchó, con otras de matiz político. Uno de los elementos aglutinantes más destacados fue el relativo a las asociaciones y la autonomía estudiantiles, de ahí que la vanguardia explorara sus posibilidades. La participación de alumnos inquietos en el SEU acabó por generar descontentos que aprovecharon la organización, se pudo tomar conciencia de las deficiencias del sistema y proponer su sustitución por una alternativa (Sindicato Democrático) que garantizara la independencia y representatividad. Así nació en Barcelona el Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios (SDEUB, marzo de 1966), cuyo proyecto se extendió a lo largo de los dos cursos académicos siguientes a distritos movilizados pero no tan

organizados. Para ello se pusieron en marcha las reuniones coordinadoras y preparatorias del Sindicato de Estudiantes (las *errecepés*), de las que llegó a haber hasta seis: la primera en Valencia (enero 1967) y la última en Sevilla, en febrero de 1968. Evidentemente, todo aquel maremágnum estudiantil, con sus correspondientes actividades (carteles, asambleas, revistas, propaganda, etc.) no podía ser permitido por las autoridades académicas, gubernamentales, policiales ni políticas. Y no lo fue.

El franquismo ejerció la represión en la universidad de muy diversas maneras y desde flancos diferentes (fundamentalmente académico, policial, gubernamental, judicial y militar). La dureza de las sanciones fue proporcional al aumento de la espiral conflictiva. Si desde principios de los cincuenta hay protestas estudiantiles de trascendencia callejera, con su correspondiente represión, fue en los sesenta y setenta cuando se generalizaron los expedientes académicos colectivos. En principio fueron selectivos (representantes, militantes políticos, encargados de aulas de cultura o información, etc.), pero ante la dimensión que adquirió el movimiento los expedientes disciplinarios pasaron a ser masivos, afectando a la matrícula de centenares de alumnos. Intimidaciones, amonestaciones públicas y privadas, prohibición, censura y secuestro de revistas y propaganda, retirada de murales, llamadas a los padres, cierre de aulas de cultura o centros, fueron medidas de baja intensidad habituales. Su función era hacer el día a día asfixiante y amedrentar. De más intensidad podían ser las denegaciones de certificados de conducta para poder trabajar u obtener el carnet de conducir; y más duras, las expulsiones académicas o las negativas de prórroga militar, que obligaban a la incorporación a filas (muchos en África) con la pérdida añadida



de varios cursos escolares. A las multas gubernativas, los palos de los grises o la social; o los paseos por las sórdidas comisarías con amenazadores y degradantes interrogatorios, se sumaban, en los peores casos, los procesos judiciales ante el TOP y la cárcel. También hubo estudiantes torturados y algunos se dejaron la vida ante la policía. La presencia habitual (y en ciertos casos permanente) de la policía en la universidad no ayudó en absoluto a tranquilizar la situación. Muchos recuerdan aún la conocida Policía de Orden Universitario (POU, enero de 1968). Los moratones de estudiantes fueron simiente de antifranquistas. A día de hoy no disponemos de ningún censo general de la represión sobre los estudiantes durante el periodo franquista.

Las primeras algaradas universitarias con proyección pública se registraron ya a principios de los cincuenta, relacionadas muchas veces con la subida de precios de servicios básicos (tranvía, comedores, etc.). El 8 de septiembre de 1954 se aprobaba el Decreto de Disciplina Académica, que afectaba a docentes y alumnos, instrumento represivo empleado por la dictadura para sancionar y expulsar a las personas implicadas en la lucha universitaria. Los timoratos destellos de protesta estudiantil en la primera mitad de los cincuenta se transformaron en explosiones de descontento que sumaron a centenares de universitarios. Desde mediados de los años sesenta se aplicó reiteradamente dicho decreto en expedientes colectivos. Al calor de los sucesos del curso 55-56, mediante el decreto del 13 de enero, se procuró contener las visibles acciones colectivas contenciosas mediante la regulación de las faltas y desobediencia colectivas. En 1958, 1965, 1966 y 1970 se publicaron nuevas disposiciones legales en educación relativas a la disciplina. Además, la expulsión académica solía ir acompañada de

otras sanciones (militares, gubernativas, etc.). A petición de los ministerios de Justicia y Educación y Ciencia, el Consejo de Ministros aprobó el 31 de diciembre de 1970 el Decreto 3757, de Presidencia del Gobierno, por el que se consideraban sanciones académicas graves los procesos judiciales por acciones cometidas fuera del ámbito universitario (propaganda ilegal, asociación ilícita, etc.). En este marco concreto se insertaron las detenciones de estudiantes valencianos el 23 de abril de 1971. Con los procedimientos judiciales se prohibía automáticamente la entrada de los encausados en los centros docentes. En definitiva, todo un repertorio de disposiciones legales específicas que se sumaban a las que ya existían de carácter general, incluidos los estados de excepción; dos de los cuatro que se declararon a nivel nacional (1956 y 1969) fueron justificados por la oposición universitaria.

En un contexto de pérdida de miedo, de masificación y extensión de la protesta (y paralelamente de la población estudiantil), la represión retroalimentó al movimiento, le dio cada día nuevos motivos para mantener un conflicto abierto y desafiante, al tiempo que radicalizó a muchos. La causa antirrepresiva —ahora vivida en primera persona por muchos—, la solidaridad hacia compañeros conocidos y desconocidos o la implicación en *algo*, resultaba más sencilla que a principios de los sesenta. La represión sistemática sobre aquel sector social estimuló su conciencia política convirtiendo un fenómeno grupuscular en un movimiento de masas, en muchos aspectos idéntico al que se registraba en otros países del entorno. A diferencia de otras naciones, la pervivencia de la dictadura hizo que la lucha diaria y la carga política fuese incrementándose en las reivindicaciones y planteamientos en el primer lustro de los setenta, hasta hacerse casi la única, con una presencia en la universidad ya incontrolable: siguiendo la metáfora de la época, aquella era una zona de libertad conquistada. Muchas organizaciones políticas se gestaron allí y se nutrieron casi exclusivamente de universitarios, dando lugar a una especie de paranoia organizacional que se tradujo en una proliferación de siglas espectacular, la mayoría de las cuales no pasaba, con suerte, de la veintena de militantes y su vida fue efímera. Territorialmente también se registró la presencia del nacionalismo (cultural o político) en los debates y peticiones que animaban las universidades.

Para comprender el fenómeno social que supone el movimiento estudiantil hay que tener también en cuenta otra variable: la continuada lucha en las universidades se debió en parte a que ningún otro frente de lucha (especialmente el obrero) podía asumir una combatividad de intensidad y continuidad similares. La disponibilidad biográfica (obligaciones limitadas, responsabilidad reducida, disponibilidad temporal) de los estudiantes facilitaba la *subversión*, de ahí que el estudiantil produjera uno de los movimientos de mayor dinamización social en el tardofranquismo. No todos los estudiantes se involucraron por igual, eso es obvio. En el movimiento se dio, como en otros, un diferente grado de compromiso: desde el/la activista a tiempo completo, que todo lo leía en clave política y que pretendía fundir vida y acción política, en el marco de una teoría omnicompreensiva, hasta aquellas personas que se implicaban en actos puntuales, fundamentalmente los masivos o en colaboraciones esporádicas. Este amplio y difuso grupo daba protección y cuerpo humano a la protesta. Entre ambos existía un flexible puente: personas que sin estar organizadas asumieron riesgos superiores (reparto de propaganda, participación en asambleas, tareas de enlace, formación de comités, etc.) y facilitaron la conexión entre los diversos niveles de participación.

Otra circunstancia a tener en consideración se refiere a la presencia activa de la mujer en el movimiento estudiantil. Las féminas debían librar alguna batalla más que los varones en la consecución de sus derechos. El primer paso fue su misma entrada en la universidad,



Acto reivindicativo estudiantil en Valencia. 1969. Archivo Manuel García.



Alumnas de Filosofía y Letras durante una clase en la Universidad de Valencia. 1967.
Autor: Luis Vidal. Archivo Histórico Municipal de Valencia.

Grupo de jóvenes en una boda.
Valencia, 1971.
Archivo Benito Sanz Díaz.



una gran conquista que se logró en silencio. A partir de ahí hubo de abrirse su camino. Las actividades conspirativas dieron cabida a la inclusión de las estudiantes en tareas de agitación, visibilizando de este modo la presencia de la mujer. Lo normal no fueron, hasta poco antes del fallecimiento del dictador, las reivindicaciones de corte feminista. Apenas se percibían demandas de género en el movimiento estudiantil antifranquista, aunque de él surgió un nutrido grupo de mujeres que encabezaron un movimiento tan característico durante la transición política a la democracia. Algunas mujeres escalaron en las organizaciones estudiantiles de los partidos políticos con implantación en la universidad; otras colaboraron en revistas, participaban en asambleas, distribuían propaganda o sencillamente se sumaban a las grandes acciones colectivas. Exactamente igual que los hombres, aunque numéricamente seguían siendo una aplastante minoría en los puestos relevantes de las organizaciones políticas o estudiantiles. Un dato que tendría que ser ponderado teniendo en cuenta el porcentaje de universitarias y el de militantes femeninas. Dos universitarias, como Pilar Brabo (PCE) y Pina López López-Gay (JGR), alcanzaron niveles superiores, aunque nunca plantearon problemas específicamente de género a sus camaradas y organizaciones. Fue otra licenciada, Lidia Falcón, la que puso rostro y discurso al feminismo al margen de los intereses del partido, abriendo camino al feminismo radical que llegó a institucionalizarse en el Partido Feminista.

De hecho, las relaciones entre hombres y mujeres no eran solamente políticas. Una parte importante de la militancia universitaria antifranquista se explica mejor que desde la óptica ideológica, por la afinidad personal, por las redes informales y cotidianas de relación, por la concurrencia en unos ámbitos de sociabilidad. Las circunstancias tan especiales en las que se tenía que desarrollar la actividad política hacía que el mercado propagandístico al que se accedía estuviera condicionado por la cercanía y la confianza. Lo lógico era que la captación se realizara en espacios compartidos (barrio, facultad, etc.), entre allegados, como usual fue que la preocupación por la política se extendiera entre familiares, amigos y compañeros, con especial impacto entre las nuevas generaciones. También fue frecuente que las parejas sentimentales militaran en el mismo partido, como que los hermanos menores se radicalizaran más. Militar en un partido no era sólo un hecho político, tenía que ver con una manera de ver la vida, de percibirla y explicarla; los discursos omnicomprensivos ayudaban a dar a todo ello un sentido integral. Lo personal era político. Unos hechos, de explicación sociológica o psicológica, que retratan una sociedad, unos actores y un tiempo.

A través de los ambientes universitarios y culturales penetraron aires europeos de aroma occidental, que se mezclaron con otros de índole política y económica que miraban hacia el Este. De aquella mezcla salieron triunfantes por imposición gradual los marcos culturales liberalizadores, mientras que el discurso anticapitalista fue abandonado por la mayoría de los partidos, desde el PCE hacia su derecha. Aunque un *leit motiv* se ha repetido: la constante preocupación del movimiento estudiantil, desde entonces hasta hoy, por la defensa de lo público, la crítica a la mercantilización de la universidad. Desde el punto de vista cultural, la universidad en su conjunto se encontraba mucho más avanzada, al menos en términos de valores morales, que buena parte de los partidos de izquierdas, anclados en tradiciones decimonónicas impregnadas de una fuerte cultura política obrera clásica y, además, acostumbradas a las exigencias de la clandestinidad. Moral y seguridad fueron dos condicionantes obsesivos en la mayoría de las organizaciones antifranquistas.

De todos modos, la universidad fue un campo de pruebas del sistema democrático y de ello se tuvo consciencia durante el mismo franquis-

mo. Se produjo una experiencia y aprendizaje democrático a través de la normalización de una actividad —la política— en el contexto universitario (incluso algunos bunkerizados interiorizaron dicha situación, incapacitados para hacer más por evitarlo). Cotidianamente se hablaba de política entre los claustros universitarios. Se fomentó una cultura política participativa, revolucionaria y democrática en el sentido occidental. Ambas, aunque enfrentadas ideológicamente, contenían un ingrediente estimulante común: promovían la participación activa contra el régimen. Ese fue su punto de unión y esa experiencia resultó básica para concebir el modelo político asentado tras la dictadura. De esta manera, la misma participación limitada por el franquismo a través del SEU o de las elecciones (controladas) sirvió como caldo de cultivo para despertar inquietudes, recelos y rechazos; estimuló el interés por hacer las cosas de otro modo, al margen de los intereses del régimen.

Otro hecho interesante relativo al movimiento estudiantil y su represión tiene que ver con los canales de comunicación que se llegaron a establecer con los profesores más comprometidos. Muchos de éstos eran jóvenes Profesores No Numerarios (los *penenes*) que se habían curtido a su vez en políticas de oposición sólo unos años atrás en la misma universidad. Con ello se alargaba y reforzaba la cadena de antifranquistas en los centros de enseñanza. Aquel apoyo por parte del profesorado resultaba revitalizante para los estudiantes. Una vez que esta primera generación de PNN fuera asentándose laboralmente, ya en los setenta, el conflicto penetró en el seno de los departamentos y juntas de centro. Las actas de dichos órganos colegiados dan fe de ello. Inmediatamente los docentes serían objeto de la represión (en estos momentos también laboral). Aquella vía de transmisión del conflicto al seno de la universidad obligó a destapar el debate político en ámbitos que se habían mantenido al margen de ellos durante casi cuatro décadas.

Todo aquello tuvo algunas consecuencias que conviene subrayar. Muchos de los estudiantes más combativos se integraron plenamente (en la medida en que se les permitió o tuvieron vocación) en las universidades como personal docente e investigador (PNN). La repercusión de este hecho —al margen de la teoría del conflicto— viene motivada por varias razones: primero, posibilitó el desarrollo de nuevas líneas de investigación, más aperturistas y actuales y el nacimiento de grupos de investigación al margen de los intereses de la dictadura, la incorporación de novedosos marcos epistemológicos, arrinconados por el sistema político o económico, etc. En segundo lugar, con el paso del tiempo fue posible una nueva manera de gestionar los departamentos, las facultades o la misma universidad; fomentó unas relaciones más horizontales y abiertas entre los integrantes de las unidades administrativas y docentes, en el seno de los grupos de investigación. Definitivamente una manera de concebir las relaciones humanas, basadas en la jerarquía y la autoridad represiva, se fue quedando obsoleta y asociada a un pasado casposo y oscuro, aunque puedan existir todavía residuos del pasado en el presente.

Por otro lado, y sin pretenderlo también, la actividad universitaria conspirativa implicó el desarrollo y adquisición de ciertas competencias y habilidades importantes: en el terreno de la organización, en el de la gestión (desde mediados de los sesenta fueron recurrentes las asambleas, las comisiones de trabajo, los congresos, la preparación de textos, la confección de prensa y revistas, etc.), en el ámbito de los contactos personales y/o sindicales, las intervenciones públicas o la preparación de discursos. En este sentido es destacable el papel del Sindicato Democrático y de todas las reuniones, incluidas las interuniversitarias, que hubo durante quince años y que hicieron posible un aprendizaje en términos casi institucionales: asambleas constituyentes, creación de or-

ganismos, redacción de derechos y deberes de los estudiantes, atención a cuestiones procedimentales, determinación de objetivos y estrategias, relaciones externas e internacionales, comisiones, etc. Una experiencia útil para los cuadros técnicos en las empresas o en los diversos ámbitos de la administración postfranquista, incluida la esfera política en sus distintos niveles. Supuso toda aquella experiencia una cualificación profesional —aunque esa no hubiese sido su razón de ser— que hizo posible la asimilación teórica y práctica de habilidades laborales como el trabajo en equipo, la planificación, destrezas en la escritura (periodistas, literatos, etc.) o en la oralidad, propaganda clandestina (editores, etc.), expresión gráfica, aplicación de conocimientos adquiridos en su formación superior (Derecho, etc.).

La universidad aportó cuadros técnicos y administradores, lo que abrió también una ventana a gestiones más democráticas en otros espacios laborales al margen de la universidad. A veces se pusieron en práctica modernos sistemas de organización del trabajo, perfeccionados con los años, que resultaban ser la antítesis de los caducos sistemas de enseñanza implementados durante el franquismo: basados en el esfuerzo individual, en el conocimiento memorístico y positivista, etc., frente a trabajo en grupo (capacidad desarrollada en la clandestinidad: asambleas, etc.), búsqueda del pensamiento reflexivo y analítico. Universidad y empresa se modernizaron en parte como consecuencia de las vivencias universitarias que, debido a la represión, hubieron de ser clandestinas.

En definitiva, sin ser triunfalistas con el papel y significado del movimiento estudiantil antifranquista, máxime si atendemos a sus objetivos últimos, cabe destacar una serie de efectos que fueron trascendentes: por un lado, desgastaron y deslegitimaron a la dictadura haciéndola mucho más inviable sin Franco y, por otro, tuvo un papel de primer orden en la creación de una base social, formada por clases medias urbanas, de indudable valor en la transición política a la democracia. Paradójicamente los más beneficiados en el proceso de pactos de élites y los resultados electorales entre 1975 y 1982 no fueron los que más se la jugaron en la lucha contra el franquismo.

Una vez aprobada la Constitución de 1978, el movimiento estudiantil entró en una fase de aletargamiento producida por diferentes motivos, con diverso grado de responsabilidad: el fin del estímulo que suponía la existencia de la dictadura, el agotamiento de un clima y ciclo cultural proclive a la protesta, etc.; pero uno es especialmente interesante, el del papel de los partidos políticos en la desmovilización social. Al poco de morir Franco se realizó una importante fractura en las fuerzas de izquierdas hasta entonces en la oposición: se estableció un corte entre los legales y los no legales, siendo el PCE el límite de la legalidad. Con ello se pretendía aislar a las fuerzas que se encontraban a la izquierda del partido de Carrillo, defensoras de opciones más rupturistas y que habían tenido una especial presencia en las universidades; pero por otro lado, la incorporación del PCE a la legalidad y su reconocimiento institucional implicó un cambio drástico en su política de movimientos sociales: progresivamente fueron desmovilizadas sus bases con el fin de garantizar la paz social tras años de conflicto. Era, por otro lado, una forma de ganarse la confianza de los más desconfiados sobre su legalización. De esta manera la gestión directa del camino hacia la democracia pasaba casi exclusivamente por los partidos, los sindicatos, los despachos oficiales o por vías institucionales. Aislada la extrema izquierda, que mantuvo la agitación un tiempo —no mucho más allá de las segundas elecciones que confirmaron su débil posición estratégica—, la esterilización de los movimientos fue un hecho. A partir de entonces y hasta hoy, las mayores explosiones estudiantiles han estado vinculadas a reformas puramente educativas que afectaban a títulos, precios, becas, sistema de créditos, etc. Aunque el movimiento no eran los partidos, que obviamente animaban y

promovían la acción, tampoco puede comprenderse la protesta sin la presencia de los mismos, con sus teorías explicativas de la realidad y sus combativos y disciplinados militantes.

En conclusión, la historia del movimiento estudiantil y su represión por el franquismo refleja muchos de los cambios sociales, culturales y políticos que se estaban viviendo en España de una manera soterrada y latente, aunque a veces se presentasen de modo manifiesto y rupturista. Atendiendo a esos espacios es posible reconstruir el origen y la evolución de modas y hábitos que hoy nos sirven para dibujar un mapa de época; nos permite también conocer la obstinada lucha que se mantuvo desde las aulas, con sus riesgos y aportaciones, como otrora se hiciera contra la dictadura de Primo de Rivera. Como en los años treinta, la juventud llamaba a la puerta para hacerse notar, pero en este caso con una dimensión social y cultural mucho más progresista. La efervescencia vital se manifestó en muy diferentes lugares pero siempre, de algún modo, chocaba con los ya débiles muros dictatoriales, de ahí la feroz represión que se desplegó. En cierta ocasión se detuvo a un grupo de jóvenes «por formar parte de un grupo de melenudos», según quedó recogido en la ficha policial de la detención.

La amplitud de la represión se puede constatar a través de las sentencias del TOP (sólo tras 1963), que evidencia con datos lo dicho. Es esta una línea directa para estudiar la represión, pero hay otras más difíciles de documentar y que completan lo que fue la punta del iceberg: circulación de listas negras de las que no quedaba constancia oficial, amedrentamientos policiales, sanciones privadas, detenciones preventivas, torturas en las comisarías, presiones familiares, interrogatorios brutales, coacciones, etc. La mayoría de los protagonistas de esta historia siguen vivos, impartiendo clases en la universidad, trabajando en empresas privadas o en el sector público, investigando, dirigiendo grupos o entidades. Son testimonio fiel y directo de una etapa oscura de nuestro pasado.

Lo más grave de todo es que es una historia inconclusa. El franquismo quedó presente y con vida institucional como algo más que un residuo a través de una de las afrentas más graves a la universidad democrática: la vigencia del Decreto de Disciplina Académica de 1954 y sus sucesivas reformas, instrumento represor, en manos de adalides franquistas, pensado para aplastar el movimiento estudiantil y ahogar las voces críticas. Una verdadera ignominia académica inaceptable en un marco de libertades que debería lustrar la propia universidad por dentro, y sin embargo se sigue aplicando en la actualidad el vergonzoso decreto. La cobardía de los que tienen la potestad de modificar esta situación es proverbial. Como se decía pomposamente, la Historia dará cuenta de ello, no ya porque el decreto esté en franca y sustancial contradicción con los estatutos de los estudiantes, los defensores universitarios u otros cambios normativos de los últimos años, sino porque significa la aceptación limitada de la democracia por parte de los que tienen la obligación de hacer cumplir las leyes, incluida la de Memoria Histórica. Al margen de consideraciones puntuales de carácter legal, el Decreto de Disciplina Académica es un insulto por origen y contenido al espíritu que animó la Transición, base de la actual democracia.

Bibliografía recomendada

ÁLVAREZ COBELAS, J. *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004.

CARRILLO-LINARES, A. *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2008.

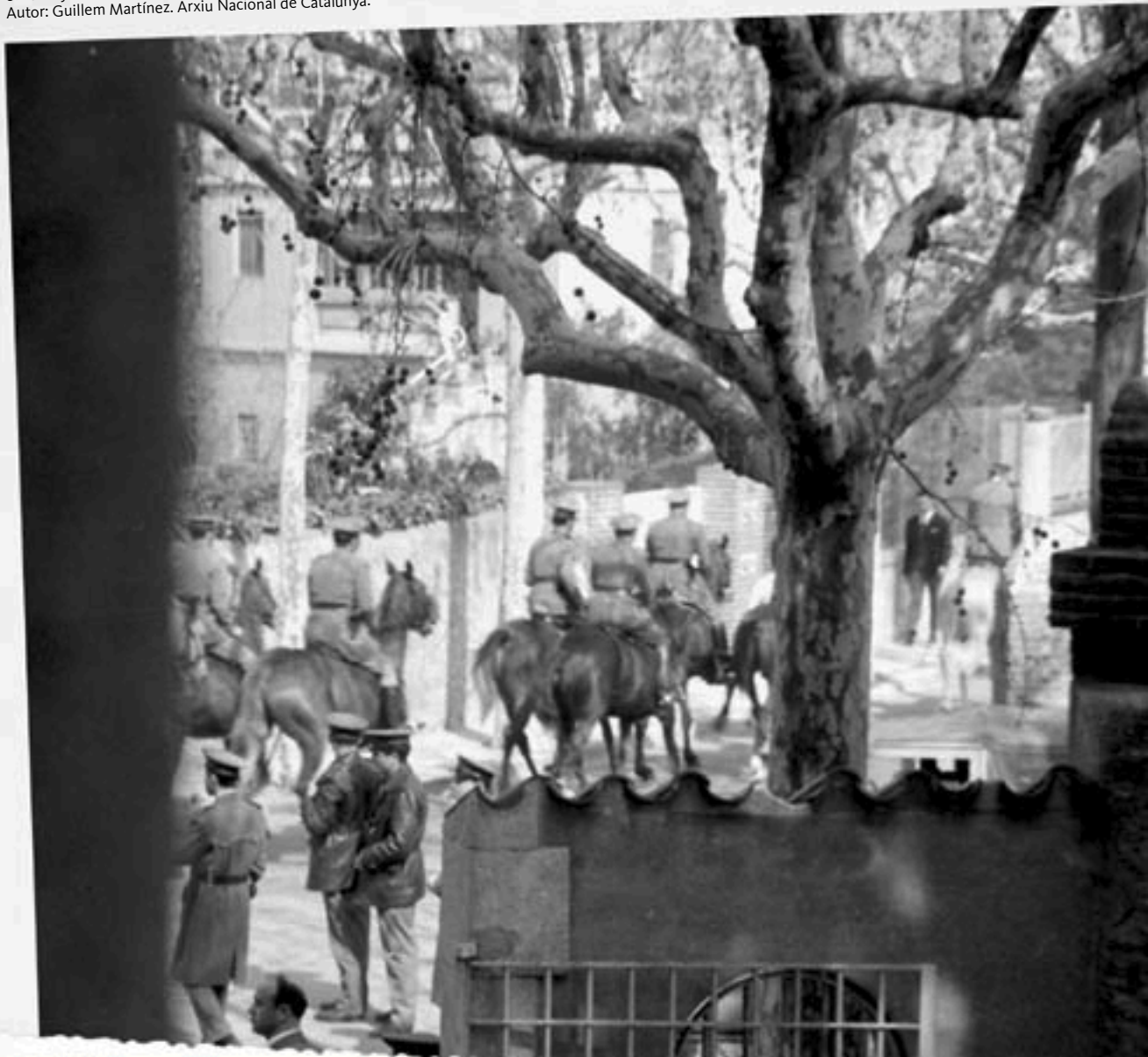
CLARET MIRANDA, J. *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.

GURRIARÁN, R. *Inmunda escoria. A universidad de franquista e as mobilizacións estudiantil en Compostela, 1939-1968*, Vigo, Xerais, 2010.

HERNÁNDEZ SANDOICA, E.; RUIZ CARNICER, M. A.; BALDÓ LACOMBA, M. *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio. *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, Valencia, PUV, 2009, 2 vols.

La policía a la puerta del convento de los padres capuchinos, donde se celebró la asamblea constituyente del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB). 1966.
Autor: Guillem Martínez. Arxiu Nacional de Catalunya.



Claustro del edificio histórico de la Universitat de València. 1967.
Autor: Luis Vidal. Archivo Histórico Municipal de Valencia.

Persecución de un grupo de estudiantes durante una manifestación en la Universidad Complutense de Madrid, 1971. / Autor: Paco Elvira. Archivo del autor.



VNIVERSITAT Đ VALÈNCIA

VNIVERSITAT
Đ VALÈNCIA
Fundació General



Memorial
Democràtic
23 de Abril
ASOCIACIÓN PARA LA MEMORIA
HISTÓRICA UNIVERSITARIA



UNITAT D'IGUALTAT



Delegació per a l'Esportista
Servei d'Informació i Dinamització Sòci